

II Domingo Pascua

Hechos de los apóstoles 5, 12-16 Apocalipsis, 9-1 la. 12-13. 17-19 Juan 20, 19-31

***“Porque me has visto, Tomás, has creído,
dichosos los que crean sin haber visto”***

11 Abril 2010 P. Carlos Padilla Esteban

***“PAZ A VOSOTROS. COMO EL PADRE ME HA ENVIADO,
ASÍ TAMBIÉN OS ENVÍO YO”***

Un pensamiento como éste pudo haber anidado en el corazón de los discípulos esos días en que se escondían con miedo en el cenáculo: “Entonces, ¿es así? De golpe, ¿todos los posibles se apagan? Una vida llena de proyectos, de conversaciones apenas empezadas, de deseos que ni siquiera se han realizado, ¿se apaga en un segundo y ya no hay nada más, ya no hay nada que hacer, ya no se puede volver atrás?”¹ Es el miedo terrible a que la palabra “nunca” se haga realidad de forma definitiva, a que ya nada vuelve a ser como antes. Si es así, ya no valdrá entonces la pena soñar con tantas cosas. Así se encontraba el corazón de los discípulos aquella tarde, aunque habían oido decir a las mujeres que la tumba estaba vacía. Sin embargo, a Él todavía no le habían visto. Es comprensible entonces la desconfianza de Tomás, la pena de los discípulos de Emaús, el miedo de los enamorados de Jesús encerrados en el Cenáculo, el desconcierto de las mujeres. Cuando el corazón se enfrenta con la muerte, parece que ya no es posible volver atrás. Ya no hay nada que hacer. *¿Cómo se puede quitar el dolor que surge, como acero clavado en la carne, al ver partir a aquel al que tanto uno quiere? ¿Cómo puede dejar de doler la ausencia? ¿Cómo se supera la partida definitiva, cuando no hay regreso?*

Los apóstoles vivían con el miedo a la muerte metido en sus corazones: “Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos”. El miedo dominaba sus vidas. El miedo inconfesable a la muerte los hacía permanecer encerrados. Y eso que habían escuchado a las mujeres hablar de la desaparición de su cuerpo y de la tumba vacía. Algunos de ellos habían visto los sudarios en el suelo y el sepulcro abierto. No obstante, tenían miedo. Miedo a la muerte, miedo al hecho de haber perdido 3 años en vanos sueños que caían ahora por tierra. Y el miedo siempre nos bloquea y paraliza. Cuando tenemos miedo no somos capaces de vivir con paz y alegría. Nosotros solemos vivir con miedo y nos acostumbramos a ello. *¿Cuáles son nuestros miedos más habituales? ¿Cuáles son esos miedos que nos impiden ser libres, más libres para vivir y amar?* Me refiero a aquellos miedos que todos tenemos: miedo a la muerte, a la enfermedad o a la soledad más absoluta. Miedo a perder nuestras seguridades, a nuestros seres queridos. Miedo a que nuestros sueños no se hagan nunca realidad, miedo a dejar de soñar para siempre. Además hay otros miedos inconfesables con los que caminamos por la vida: el miedo al fracaso, al abandono, el miedo a no ser queridos ni buscados, el miedo a la infidelidad, el miedo a vivir postrados por el dolor, a no tener medios para mantener a nuestra familia. El miedo a nuestra debilidad que nos conduce por donde no queremos. El miedo a la esclavitud del pecado. El miedo a la vida que nos resulta a veces demasiado complicada. El miedo a no estar a la altura. El miedo a perder la memoria y vivir olvidados. El miedo a no ser reconocidos por aquellos a los

¹ MURIEL BARVERY, *la elegancia del erizo*, 362

que hemos dado la vida. Miedos, sólo miedos que alimentan el alma y se engrandecen en la oscuridad de la noche. Era el miedo que reinaba en el cenáculo aquella tarde. Había pasado sólo un día, era el primero de la semana. **Todavía no se había aparecido el Señor a sus amados, a los 11 elegidos. Por eso vivían con miedo con las puertas cerradas.**

Estaban ocultos y temerosos cuando llegó Jesús hasta ellos: “*Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.»* Dice S. Juan Crisóstomo: “*Pues como ellos sabían que había resucitado y ansiaban verle, aunque estaban dominados por el miedo, a la caída de la tarde Él mismo se presentó. No dejó el Señor pasar ni un solo día.*” Jesús entró en la sala estando cerradas las puertas cuando no había pasado ni un día. Algunos se sorprenden del hecho y tratan de refutarlo. S. Agustín argumenta: “*Algunos arguyen: si el cuerpo que resucitó del sepulcro es el mismo que colgó de la cruz, ¿Cómo pudo entrar por las puertas cerradas? Si comprendieras el modo, no sería milagro. Donde acaba la razón, empieza la fe. Las puertas cerradas no podían impedir el paso a un cuerpo en quien habitaba la Divinidad, y así pudo penetrar las puertas el que al nacer dejó Inmaculada a su Madre.*” Es bonita esa comparación. María permaneció virgen tras entrar Dios en Ella. El cuerpo de Jesús al nacer no rompió nada de su interior. De la misma forma, al nacer la Iglesia, Jesús penetra el Cenáculo que estaba cerrado, como más tarde el Espíritu Santo hará al descender en lenguas de fuego sobre los apóstoles asustados. Entró en la sala y en ellos. Penetró las paredes y se hizo morada en sus corazones. Acabó con el miedo con su presencia y pronunció una frase definitiva: “*Paz a vosotros*”. Es la frase que cambiaba sus vidas. Sí, Jesús traía la paz que anhelaban. Es la misma paz que hoy suplicamos. Queremos paz. Queremos una paz que acabe con los miedos, con el desasosiego, con la inquietud que nos invade con frecuencia. **La paz que es don y no fruto del esfuerzo. La paz que permanece para siempre.**

Y entonces, en un signo de cercanía, les muestra sus heridas: “*Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado*”. ¿Por qué su cuerpo glorioso conservaba las heridas? ¿Por qué no resucitó con un cuerpo sin manchas, sin huellas del dolor, sin resto de la historia pasada? Las heridas de Jesús abiertas nos recuerdan nuestras propias heridas. Son la carta de presentación del Señor. S. Agustín dice: “*Las heridas se conservaban para curar el corazón de los que dudaran*”. Las heridas lo hacen reconocible. Y entonces brota la alegría. La alegría invadió sus corazones al reconocerlo en sus heridas: “*Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor*”. Las heridas son recuerdo de nuestro pecado y al mismo tiempo son fuente de vida. Las heridas de Jesús abiertas nos muestran el cielo. En el dolor entregado brota la vida. **De su costado abierto nace la Iglesia. En sus manos perforadas tenemos la luz de las estrellas.**

Y entonces Jesús se vuelve a dar por entero, en su Espíritu: “*Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»*” Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “*Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.*” Ésta es la primera vez que reciben el Espíritu, más tarde vendrá desde el cielo a posarse sobre ellos. Así lo explica S. Gregorio: “*En la tierra se da el espíritu de amor al prójimo y desde el cielo el espíritu del amor a Dios*”. Un mismo espíritu que nos enseña a amar. Y continúa: “*Porque en el amor del prójimo se aprende cómo puede llegarse al amor de Dios*”. Es una interpretación interesante. Lo cierto es que la Pascua comienza con los apóstoles recibiendo el Espíritu Santo que los capacita para perdonar pecados. Y después de cincuenta días, vivirán Pentecostés y recibirán el Espíritu que los hará capaces de romper las cadenas, abrir las puertas y comenzar el camino de llevar al mundo el Evangelio. El Espíritu comienza a cambiar el corazón de esos hombres temerosos. **En el aliento del Señor comienza la vida en ellos.**

Los Hechos de los apóstoles muestran esa fecundidad de la Iglesia que nace del Espíritu, esa vida entregada en la fuerza de Cristo resucitado: “*Los apóstoles hacían*

muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárselas, aunque la gente se hacia lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a la calle, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritus inmundos, y todos se curaban". Hechos de los apóstoles 5, 12-16. La sombra de Pedro bastaba para curar las heridas y realizar milagros. El corazón lleno del Espíritu, después de Pentecostés, será capaz de abrir las puertas del miedo y dar la vida. **El corazón pascual es un corazón sin miedos porque ha recibido la paz de Dios y la entrega sin reservas.**

El salmo de este domingo es el que nos ha acompañado como acción de gracias toda la Octava de Pascua: "Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor; el Señor es Dios, él nos ilumina". Sal 117, 2-4. 22-24. 25-27a. Ha sido ésta una semana de gratitud y alabanza. El "Gloria" y el "Aleluya" han sido nuestro grito de alegría. En esta semana hemos sido testigos de las apariciones de Jesús a sus amigos. Apariciones que nos van a acompañar a lo largo de estos 50 días. Pero en estos primeros días se han concentrado para desvelarnos con más fuerza el misterio. La alegría es el mensaje que se nos desveló el lunes: "Jesús les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron y se postraron ante Él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo. Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán". El martes sobrecoge el diálogo con María Magdalena: "Jesús le dice: "Mujer, ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella, tomándolo por el jardinero, le contesta: "Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré". Jesús le dice: "María". Ella se vuelve y le dice: "Maestro". El miércoles son los discípulos de Emaús que caminan con tristeza hasta que llegan su aldea y comprenden quién era aquel peregrino herido: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?" El jueves se presenta en medio de ellos y les dice: "Paz a vosotros" llenos de miedo por la sorpresa creían ver un fantasma. Él les dijo: "¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies, soy yo en persona". El viernes les anima a pescar allí donde Él les dice: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis" La echaron y no tenían fuerza para sacarla. El discípulo al que Jesús tanto quería le dice a Pedro: "Es el Señor"". Y el sábado Jesús los envía: "Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación". **Y hoy, en el octavo día, con la aparición de Jesús a Tomás, se cierra esta semana de fiesta, de alegría, de paz y ausencia de temor.**

Por eso nos detenemos ahora en este octavo día: "Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús". Y Tomás se sentiría el ser más despreciado de la tierra. Hay momentos en los que tenemos que estar, y, cuando no estamos, una nube se cierne sobre nuestra vida llenándola de pesar. ¿De quién fue la culpa? Si hubiera estado allí, si Cristo hubiera llegado algo más tarde, si no hubiera salido en absoluto de aquel cenáculo. ¿Por qué tuvo que salir? Hay cosas en la vida que no nos perdonamos. Seguramente Tomás lloró varios días aquella nefasta decisión, aquella ausencia cuando era necesario estar. Tal vez creyó que el amor de Cristo por él no era tan grande, al escuchar a sus hermanos: "Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Tal vez, en esa dura hora, vio pasar, como negros nubarrones, retazos de su propia historia, heridas aún no cicatrizadas del pasado. Tal vez, súbitamente, sintió, como una espada clavada en su pecho, el dolor de no sentirse querido. Es tan fácil abrir una y otra vez esa herida en nuestra vida. Creemos que estamos sanados y basta un mínimo desprecio del

destino para sentirnos de nuevo despreciados. Es tan fácil volver siempre de nuevo a nuestras carencias personales, a nuestras llagas abiertas. La falta de amor hace que nuestro corazón se vea desnudo ante el viento helado de la noche. Y nos hace vestirnos de desprecio e incredulidad: *«Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. »* **Su mejor defensa, su protección más sólida, fue levantar un muro contra el viento.**

La falta de amor en nuestra vida genera todo tipo de defensas, detrás de las cuales se parapeta nuestra alma buscando refugio. El miedo al rechazo, a un nuevo fracaso en nuestra vida, nos paraliza con frecuencia. Las heridas, siempre vuelven las heridas y, al no encontrar el bálsamo de la mirada que buscamos, surge la duda. La verdadera duda de Tomás no toca la realidad de la Resurrección de Jesús, sino la de su amor. Ese amor que ha pasado de largo sin tocar su alma. Ese amor que no lo ha buscado. El gran dolor de Tomás es la experiencia del desprecio. Él no ha sido elegido. **¿No nos pasa a nosotros con frecuencia lo mismo?** No nos sentimos elegidos, tocados por la mirada de Dios. No notamos su predilección, no descubrimos su mano buscando la nuestra. Y entonces los viejos fantasmas, éhos que nos recuerdan que no valemos nada, vuelven a posarse con fuerza frente a nuestros ojos. La duda, siempre la duda de la desconfianza. Nos esforzamos por demostrarle al mundo todo lo que valemos. **Nuestros éxitos nos preceden como carta de presentación y nos negamos a aceptar la crítica que, como arma de hierro, pueda minar de nuevo nuestra ya debilitada autoestima.**

La incredulidad de Tomás nos hace más cercano a este apóstol. Ya lo dice S. Gregorio: *“Más provechosa ha sido para nuestra fe la incredulidad de Tomás, que la fe de todos los discípulos”*. Y es que su duda quedó recogida en el Evangelio para recordarnos algo que se nos olvida fácilmente: **Cristo siempre vuelve:** *“A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»* Contestó Tomás: *« ¡Señor Mío y Dios Mío!»* Este encuentro refleja una ternura profunda y nos muestra a un Jesús que se abaja, que lava los pies, que lanza sus brazos clavados al viento, esperando al hijo que vuelve para esconderlo en su pecho llagado. Pero no llega en seguida, ya lo comenta **S. Juan Crisóstomo:** *“No se le aparece al momento, sino pasados ocho días, para que, advertido por los discípulos, se inflamara más su deseo y fuera más fiel en adelante”*. Ocho días de espera. Esa espera en la que la duda y el anhelo se fueron entrelazando en el alma de Tomás. Ocho días de preguntas sin respuesta y de sueños lanzados al viento como cometas llenas de esperanza. No desistió Tomás. **Y seguro que sus hermanos lo acompañaron y sostuvieron. Ellos le animaron a creer que al final vendría. Le hicieron confiar.**

Qué importante es la comunidad para lograr perseverar en el camino. Seguramente hubiera desfallecido si no llega a ser por aquellos hermanos suyos a los que, en su desesperación, no logró creer del todo. Necesitamos personas que nos sostengan cuando dudamos, cuando dejamos de verlo todo con claridad meridiana, cuando creemos que no valemos nada y no somos importantes. Necesitamos comunidades, necesitamos hombres de Dios, que nos hagan mirar hacia lo alto y creer en la grandeza de nuestra vida, en todo lo que valemos. Necesitamos la Iglesia, esa Iglesia santa y pecadora, que se concreta en nombres y en rostros. No podemos vivir la espera en soledad, *porque sin la fe de los que caminan a nuestro lado, podemos llegar a perder nuestra propia fe y nuestra esperanza.*

En estos días hemos escuchado cómo el mismo Papa y el sacerdocio han sido objeto de la crítica y el ataque en relación con un tema tan delicado como la pederastia. Se siembra así la duda y la desconfianza hacia tantos sacerdotes que, como muchos que conozco, se entregan silenciosamente en su vida, sin mucho ruido y con el deseo de hacer

lo que Dios les pide. En tantos hombres consagrados que, con su vida herida, sostienen a muchos en la esperanza. **La voz de Mario, un sacerdote, en "Fragmentos de la vida de un cura"**, impresiona por sus ganas de vivir, de luchar y su confianza: “*Escucho en mi interior esa voz personal, íntima, la que me nace de las entrañas del corazón, la que sale del Dios que habita mi silencio: “Despierta, el día te llama a tu vida, que es tu deber. Arráncale ya al pasado la sombra que lo celaba. Ponte en pie, afirma la voluntad y mira al mundo, y descansa sin hacer más que añadir tu perfección a otro día. Tienes que vivirte porque así es como vives en mí. No hagas nada más. Tu obras eres tú y en ti yo vivo para el mundo.”*² Pienso en la fidelidad de tantos sacerdotes de la que no se habla, de esa entrega abierta y libre, que no es noticia. Pienso en tantas vidas derramadas por amor, en el pan partido que se hace cuerpo y Sangre de Jesucristo cada día, en pobres manos de carne ungidas por el crisma un día de su historia. Y pienso en la descripción que hace **K. Rahner** de cómo tiene que ser el sacerdocio del mañana: “*Habrá de ser un hombre con el corazón traspasado. Traspasado por la locura del amor, por la falta de éxito, por la experiencia de la propia miseria y de su radical incertidumbre, pero convencido de que únicamente tal corazón puede proporcionar la energía para cumplir la misión. Debe llevar a los hombres al centro más íntimo de su existencia, a la raíz del corazón, y no estará en condiciones de hacerlo, si él mismo no ha encontrado su propio corazón. Un corazón traspasado por la incomprensibilidad del amor que ha tenido a bien triunfar exclusivamente en la muerte*³”. Ese sacerdote es el que yo sueño para mí y para toda la Iglesia. Es el reflejado en muchas vidas sacerdotales. **Es el que suplicamos que muchos jóvenes, con corazones vivos, abracen como vocación de vida, en este año sacerdotal.**

Y entonces Tomás metió sus manos en las heridas del Señor. De nuevo las heridas. Cristo había resucitado. **¿Por qué conservó abiertas sus heridas? ¿No era esperable que en su cuerpo resucitado no hubiera ningún recuerdo de las heridas pasadas?** No, precisamente no. Nuestras heridas son nuestra historia, nuestro sello de identidad, nuestra marca más reconocible. Nuestras heridas son nuestra carta de presentación cuando lleguemos al paraíso. No para mostrar todo lo sufrido, sino para que el Señor nos reconozca, como Tomás a Él. Cristo nos reconoce, nos identifica como hijos suyos, en las heridas abiertas que nos rompen tantas veces. El camino de la vida pasa por aceptar, por besar con humildad, esas heridas que jalanan nuestra alma. Y, sin embargo, nuestro mayor esfuerzo consiste en querer tapar, ocultar, esas heridas de las que no estamos nada orgullosos. **Como si al taparlas, desaparecieran realmente de nuestro cuerpo para siempre. Vanidad, todo es vanidad.**

Jesús entonces se dirige a nosotros, a aquellos que no tuvimos la suerte de tocar sus llagas en la tierra: “*Jesús le dijo: « ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo tengáis vida en su nombre”.* Juan 20, 19-31. Nosotros creemos sin haber visto, sin haber metido nuestra mano en la llaga abierta del costado de Cristo. No por ello hemos dejado de ver las llagas y las heridas en muchos corazones. En el nuestro el primero de todos. Y entonces, como Tomás, hemos tocado la herida abierta para encontrar a Dios. La herida en nuestra propia vida, la herida en otras vidas laceradas. Tocar la llaga es encontrar la fuente de nuestra fe. Tomás creyó al tocar esa herida y nosotros, al tocarla, igualmente recibimos una fe nueva, renovada. Creemos porque vemos a Cristo sufriente en muchos corazones y especialmente en nuestra alma herida. Porque estamos convencidos de la afirmación que hace **Tim Guénard** en su libro: “*Amar es creer que todas las personas heridas en su memoria, en su corazón o en su cuerpo, pueden transformar su herida en fuente de vida. Amar es depositar expectativas en el otro e inocularle el virus de la esperanza*⁴”.

² JUAN RUBIO FERNÁNDEZ, *En memoria mía, fragmentos de la vida de un cura*, 59

³ De una carta de K. Rahner sobre la devoción al corazón de Jesús y los sacerdotes, del libro “*siervos de Cristo*”

⁴ TIM GUÉNARD, *Más fuerte que el odio*, 224

Al tocar esas heridas queremos entregarle ese amor sanador, ese amor que llena de esperanza y enaltece. En toda herida que encontramos queremos dejar que brote una fuente de vida nueva. **Nuestra fe es creer que Cristo nos salva con nuestras heridas, redimiendo nuestras heridas, y transformándolas, en la fuerza del amor, en una irrupción de vida para el mundo.**

Estamos celebrando la Pascua del Señor y el corazón se alegra. Las palabras que escuchó Juan en su corazón son las que hoy escuchamos nosotros: «*No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde.*» Apocalipsis, 9-1 la. 12-13. 17-19. Y él, libre ya del temor, lo escribió todo, transmitió su experiencia de amor, no se calló el milagro de la Pascua, de la esperanza hecha carne en nuestra vida: “*Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la constancia en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la palabra, Dios, y haber dado testimonio de Jesús. Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente que decía: «Lo que veas escríbelo en un libro, y envíáselo a las siete Iglesias de Asia.*” Me volví a ver quién me hablaba, y, al volverme, vi siete candelabros de oro, y en medio de ellos una figura humana, vestida de larga túnica, con un cinturón de oro a la altura del pecho. Al verlo, caí a sus pies como muerto”. Son palabras de vida y esperanza, palabras que llevan a entregar la vida, como dice **Santa Teresita de Lisieux**: “*Dios mío, yo loescojo todo, no quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por ti. Sólo me asusta una cosa: conservar mi voluntad. Tómala, yo escojo todo lo que tú quieras*”. Queremos vivir así, entregándolo todo, besando nuestras heridas. Tomás dudó y Jesús permitió, al dejarle tocar sus heridas, que comprendieran dónde está la verdadera fuente de vida. Entender que en la cruz nace la vida, que vivimos a partir de la muerte, exige un continuo salto de fe. No queremos ser santos a medias, porque eso equivale a no ser santos. **Queremos darlo todos y decir, una y otra vez en nuestra vida: “Señor mío, Dios mío”.**

Así es el tiempo de Pascua que estamos comenzando. Decía Benedicto XVI el domingo de Resurrección: “*La Pascua lleva esperanza y renovación a la Iglesia. Sin embargo, no opera ninguna magia. La Iglesia, después de la Resurrección, vuelve a la Historia con sus gozos y esperanzas, dolores y angustias*”. Es un tiempo de alegría y de renovación en el silencio.

María es la Señora de la Pascua. No ha quedado recogido en los Evangelios, pero tenemos la certeza de que fue a Ella a quien primero se apareció el Señor resucitado. Ella, fiel en la espera y alegre en ese silencio confiado de su corazón, se encontró con su Hijo y no dudó, lo reconoció inmediatamente. Sus corazones estaban profundamente atados en un sí común de entrega al Padre. Ella, la mujer fiel, llenó la casa de Juan y de sus nuevos hijos, para hacerles caminar en la esperanza, en sus dolores y angustias, en sus alegrías y esperanzas. Hoy miramos a María, llena de sol, llena de Cristo. La miramos a Ella porque queremos descansar en su regazo y caminar estos días de Pascua con el corazón encendido. El **P. Kentenich** rezaba: “*Cuando consideramos nuestras propias fuerzas, toda esperanza y confianza flaquean; Madre, a ti extendemos las manos e imploramos abundantes dones de tu amor. Aún en las tormentas y en los peligros guardarás fidelidad perenne a la Alianza que sellaste con nosotros y que, con tantas gracias, tú has bendecido. A nuestra impotencia unirá tu inmenso poder*”⁵. Hoy llegamos al Santuario y, en su corazón alegre de Madre, depositamos nuestros miedos y dudas, como Tomás, para que Ella, tocando y curando nuestras heridas, llene de paz nuestro corazón debilitado. Queremos creer en medio de nuestras dudas, miedos y oscuridades. Queremos creer ante la losa caída, soñando con un mundo nuevo, como lo hizo María. **Queremos esperar contra toda esperanza, y creer que Cristo nunca pasa de largo. Él se queda y nos deja meter nuestra mano herida en su costado abierto. Y se alegra cuando creemos aún sin ver.**

⁵ J. KENTENICH, *Hacia el Padre*, n: 13-15